

Huidobro, que tiene conciencia de que ha despertado el mundo de los obreros, y a ello se refiere en su poema *Altazor*, sabe que no por eso ha dejado de existir el mundo de los héroes. Como poeta —que tanto proclama la ciencia de sus escritos— es más bien hombre de mitos que de historia. Pertenece al hombre de nuestra América mítica, incapaz de alumbrar nada sin el empleo del mito. Con el mito de la poesía creada alumbraría en Europa la poesía moderna. Pues no sólo la lengua española le debe su rumbo poético actual, sino otras lenguas, como ya apuntó Gerardo Diego con clarividencia.

Gerardo Diego también ha escrito lo siguiente: «Nada se crea, es cierto, pero se está creando siempre. Y el esfuerzo de la poesía creacionista y su volver a empezar desde el origen mismo es un hecho que no puede desconocerse».

Vivimos en un mundo —nos dice Huidobro— en que las ciudades cautivas han sido cosidas unas con otras por hilos telefónicos. Desde otras bahías, colocado de pie, ve las palabras y los gestos volando en torno del teléfono. Es un mundo de mitología también moderna. Dioses inexpertos, de alas fatigadas, los aeroplanos irán a posarse sobre los pararrayos. Inequívocamente, esos molinos voladores parándose sobre los pararrayos muestran evidentemente su inexperiencia. Al mundo mecánico y al de la naturaleza Huidobro los saca de su propia realidad para hacerlos ingresar en las dimensiones de una fértil imaginación mítica. De ese modo, los biplanos, embarazados, paren. Pero, ¿qué paren?

Sencillamente: el vuelo entre la niebla. El biplano se convierte, por otra parte, en un pájaro que duerme en la rama sin esconder su cabeza bajo el ala. Entonces, alguien que lanza al mar sus tristes días tomará un barco. ¿Quién podrá en su amargura —tal como imagina el poeta— tomar un barco después de librarse de los días amargos?

Los días son los azadones del tiempo que cavan sin reposo en nuestras vidas. Pero la magia del poeta creador de realidades —no imitadas— es la única capaz de lanzar esos días tristísimos al mar, procurando librar a alguien de sus amarguras y de sus pupilas vacías que no han visto el mundo. Aunque Huidobro afirmaba preferir los postulados de la ciencia a los de la metafísica, era un enorme poeta metafísico que parece estar jugando con su poema *Ecuatorial*. Quiere tal vez (aparentando jugar) hacernos creer que no piensa hondamente y que es sólo un travieso muchacho cazador de imágenes. La frescura inesperada de las transformaciones de su poesía y de los asuntos de sus estrofas puede desorientar al lector inatento haciéndole creer que se entretiene con un caleidoscopio que va variando al azar las imágenes.

Hay que partir, desde allá lejos, y el mundo será como ventanas encendidas, desde las cuales veremos cruzar las sombras en los espejos. En ellos percibiremos sombras reflejadas de la realidad. Porque así es *el ver* del que parte, o el de los viajeros, que nada ven en su realidad definitiva. Los emigrantes, viajeros, según Huidobro, sin capacidad de ver, sin posibilidades de un ver completo de la tierra a la que van, se comportan como bandadas de golondrinas jóvenes que cantan sobre las olas invertidas. Emigran como las golondrinas sin ver ni saber nada. Creo que pocas veces se ha tratado el tema del que emigra a América con mayor certidumbre dolorosa y con más noble y compleja profundidad. Ahora bien, después de las olas invertidas, ¿qué verá Huidobro en su poema *Ecuatorial*?

Como podemos comprobar, el ver del poeta es un ver de continua inventiva. Su poder creador de realidades no se agota ni se detiene. De las olas invertidas en que, situados, cantaban los emigrantes surge el mar —¿de olas?, ¿de aguas?, ¿de espumas blancas golpeando las naves?—. No, un «mar de humaredas verdes». Un mar deshaciéndose en la verdura de sus humos. Él quiere ese mar. ¿Para qué lo quiere el poeta?

Para calmar su sed de antaño. Lo quiere «lleno de flotantes cabelleras». Se trata, indudablemente, del amor. Cabelleras nos remite a mujeres. El poeta confiesa entonces en el poema que sobre esas olas se fueron sus ansias verdaderas. Hay entre esas aguas gaseosas, de ese mar de humaredas verdes, un serafín náufrago que teje coronas de algas. Sobre ese mar se han muerto las ansias del poeta y, en su naufragio, sólo ha podido depositar coronas. Signos evidentemente recordatorios de lo que ha muerto. La muerte de lo máspreciado de ayer apenas la insinúa el poeta.

Pero, aunque vayan rotas las jarcias de la luna nueva, anclaría en el amanecer de Marsella. La vida no se detiene nunca, no termina ni con el naufragio de las ansias más verdaderas de un hombre, aunque sea poeta. De ese modo, los más viejos marinos de Marsella continuarán activos y seguirán, encontrados por las personas que viven en el fondo de sus pipas. Los marinos del fondo del mar, si los encontrase alguien, seguirían seguramente muertos; pero los de la imaginación del poeta siempre permanecerán vivos. En el fondo del humo ellos sirven las perlas vivientes. En la imaginación poética creadora vive verdaderamente la vida de los más viejos marineros. Esa vejez proclamada por Huidobro nos hace pensar al leer el poema en la sabiduría que acompaña a esos más viejos descubridores de perlas vivas. Todo poeta, desde temprana edad, goza de una experiencia que lo hace ver el mundo con ojos de hombre antiquísimo y, a la vez, con los ojos de la primera aurora.

Pero, hay que tener cuidado. Nadie debe olvidar su destino, no le vaya a ocurrir como el capitán del submarino que al volver a tierra no se dio cuenta de que lo habían dejado en el fondo del mar y allí pudo ver que otro llevaba ya la estrella del mando de la nave. El poeta, pues, no debe olvidar su destino, si no desea ver a otro escribiendo los poemas que debieron salir de su pluma. No debe el poeta olvidarlo cuando regresa del fondo. Debe conservar *la estrella* que lo guíe poéticamente sobre los obstáculos terrestres.

Pasan muchas cosas en el mundo. El hombre se mueve constantemente desorientado. Existen destellos del planeta viejo llenos de fiebre. Vivimos en una tierra trágica. Hay quien cae al alzar el vuelo, por culpa de los cañones antiaéreos. Queda cortado su vuelo por la muerte provocada por los objetos mecánicos fabricados por el hombre. No muere de su muerte, sino de muerte impulsada por el otro hombre que acecha. Pero este mundo trágico, lo es también de feria sorprendente. Por eso un emigrante, a pesar de ser ciego, trajo cuatro leones amaestrados. Otro, lleno de exquisitez, llevó al hospital del puerto, nada menos que a un ruiseñor desafinado, para su cura.

Estamos en un mundo creativo fecundo en sorpresas y Huidobro se refiere «a aquel piloto niño/ que olvidó su pipa humeante/ junto al volcán extinto.»

Olvido que, por azar, le otorga a la pipa asemejarse momentáneamente a un volcán en erupción, y que, provocando gran terror en la ciudad, hace que los hombres se arro-

dillen implorantes y las vírgenes encintas «alumbren». Huidobro, con humor regocijante, se burla en esa parte del poema. Haciendo al humor partícipe de la poesía lírica, se adelanta en *Ecuatorial* a los surrealistas que un par de años después estarían escribiendo sus poemas en Francia. Se adelanta en lengua española a los poemas de humor de Antonio Espina y a los de Rafael Alberti. Es, por ello, el precursor de esa orientación poética en nuestra lengua, como es, además, el verdadero adelantado de nuestra poesía moderna.

Verá pasar en su poema a los buscadores de oro llevándose a California sobre sus hombros y de ese modo anuncia cómo se llevarán el mar en cuadro los norteamericanos explotadores en *El otoño del Patriarca*. Huidobro en *Ecuatorial* está inventando el realismo mítico de la literatura hispanoamericana y abre el sentido mágico, sorprendente y creador a la poesía española del año 27. Sin Huidobro no se explican, en la parte creadora por lo menos, los poemas que se escriben desde Alberti y Lorca hasta Aleixandre. Por haber existido el creacionismo no tuvieron los poetas españoles más representativos del siglo que ir a beber imaginaria poética en las creaciones del surrealismo francés. Después de Huidobro era poco lo que tenía por hacer el surrealismo en lengua española. La obra de Huidobro va siendo la llave que abre las puertas a la poesía moderna.

No olvidemos que, según Huidobro, en la aventura del mundo vivimos entre hombres de alas cortas. Por eso un capitán puede distraídamente olvidar su destino en un submarino en el fondo del mar, y un piloto niño, por descuido, dejar su pipa junto al volcán, provocando en la ciudad el terror de los hombres y el paritorio de vírgenes embarazadas. Después de los hombres que por avidez de riqueza se llevan sobre los hombros a California, surge, en el fondo crepuscular del mundo, la mendicidad seminal de los hombres carentes de todo. Mundo de la miseria que va saliendo del pecho explotador de la maquinaria. El hombre queda atado a una mendicidad que apenas habla y calla otorgándole todo a los provocadores de miseria. Solamente los hombres con sus murmullos hacen inclinar a los árboles. Son hombres que murmuran y no se defienden. No se vuelven contra sus explotadores.

Se acusa a Huidobro, seguramente por quienes no lo han leído o lo leyeron mal, de producir imágenes intrascendentes y sin asidero en la realidad, de huir del drama del hombre en la tierra, para situarse en un imponderable espacio celeste, como si fuese un gran arcángel colocado de espaldas a lo humano. Pero vemos que *Ecuatorial*, en la aurora de la gran poesía de nuestra lengua, estamos en presencia de un poema que abarca, en amplio friso, el drama del hombre de hoy. Y en el que condena a los que, con sus máquinas divinas, explotan al hombre como si fuese una bestia. Huidobro con fertilidad poética, con una gracia imaginativa variada, va desenvolviendo, de mano maestra, el trágico ovillo en que se encierra la historia del hombre del siglo XX. En *Ecuatorial* podríamos afirmar que estamos ante el primer gran poema denunciante de lo que acontece en nuestro siglo. Sin embargo, hasta ahora la historiografía crítica no lo había notado. Y es en este estudio donde por primera vez se advierte ese hecho. Pero, hay que subrayarlo, la poesía denunciante de Huidobro no deja de ser nunca gran poesía, originalísima y creadora. Huidobro es, sin duda alguna, uno de los grandes veedores de la dramaticidad humana del hombre de nuestra época.